
Presentación

Teoría, *Revista de Filosofía* de la *Facultad de Filosofía y Letras* de la UNAM, cuyo primer número tiene el lector ante sí, es una publicación vieja y nueva. “Vieja” porque continúa los esfuerzos del *Anuario de Filosofía* del mismo nombre que publicaba nuestra Facultad, “nueva” porque quiere corregir algunos inconvenientes de aquel *Anuario* —la acumulación excesiva de materiales, la falta de periodicidad...— proponiendo una publicación más ágil, más flexible, más unitaria, más rigurosa, que recoja nuestro quehacer filosófico, pero no sólo, que también busque integrarlo en la comunidad filosófica internacional, y sea, además testimonio fiel de todo ello.

Con ese fin se intentará que la revista *Teoría* aparezca tres veces al año, con varios artículos en torno a un problema, pero también con otras colaboraciones, con traducciones, con entrevistas, con reseñas, con crónicas... La revista *Teoría* está abierta, pues, a la comunidad filosófica nacional y, en general, a la comunidad filosófica de lengua castellana en el sobreentendido de que, tratándose de una revista con arbitraje y que aspira al más alto nivel de excelencia, cada uno de los manuscritos que se le envíen será cuidadosamente evaluado. Pero evaluado exclusivamente por su calidad, sin prejuzgar ningún método, área de interés, campo de trabajo, escuela o tradición. Sin embargo, ¿cómo llevar a cabo esta tarea? ¿Cómo juzgar “calidad filosófica” sin tomar de antemano partido por cierto “método”, “escuela” o “tradición”? Preguntas como éstas conforman algunas de las tantas maneras de interrogarse acerca de las peculiaridades que distinguen la *buena* filosofía, inquietud que no ha dejado de acompañar con insistencia a los filósofos, y ya, desde los comienzos griegos. En los cuatro trabajos monográficos de este primer número de *Teoría* —los ensayos de A. Sánchez Vázquez, J. González, B. Echeverría y J. I. Palencia— directa o indirectamente se alude, desde diversas

perspectivas, a esta terca inquietud; pese a ello, no consideramos inútil introducir dos o tres observaciones al respecto.

Sin duda, no es muy aventurado afirmar que dos condiciones necesarias de toda *buena* filosofía son la argumentación rigurosa y la imaginación teórica. Más complicado resulta, sin embargo, aclarar con cierta precisión qué se entiende en filosofía por “argumentación rigurosa” e “imaginación teórica”.

Es claro que en la vida cotidiana y en la investigación científica también se argumenta y, a veces, con rigor. Por ejemplo, supongamos que un alumno plantea el siguiente problema a un maestro de geografía: “¿Hay todavía muchas islas al sur del estrecho de Magallanes?” Seguramente a esta pregunta, el maestro dará una respuesta y, si es necesario, podrá apoyar esa respuesta con un argumento, con una prueba. Eso sí, tanto el problema como la respuesta y el argumento serán *internos* a una disciplina, en este caso, internos al contexto de la geografía. Preguntemos, en cambio: “¿Existe el mundo exterior?” Acaso se podrá responder dando ejemplos de objetos del mundo exterior o recordar lo que se entiende con la expresión “mundo exterior”. No obstante, tales respuestas no dejarán satisfechos a los filósofos, o al menos, a muchos de ellos. (No olvidemos que Kant pensaba la falta de alguna prueba del mundo exterior como un “escándalo” de la filosofía). Sea como fuere, tanto el problema como las argumentaciones que puedan reconstruir y tratar preguntas como la del mundo exterior, serán argumentaciones y problemas externos a cualquier disciplina científica en sentido estricto. Así, los problemas internos y las argumentaciones internas son problemas y argumentaciones que trata o puede tratar una “ciencia normal”, en general, un saber disciplinado: resultan internos a ciertas maneras más o menos determinadas y bien establecidas de producir saber. A su vez, los problemas externos y las argumentaciones externas, aunque pueden presentarse en el trabajo de una ciencia, también lo hacen en la vida cotidiana, en la política, en la religión, en el arte...; con respecto a ellos no existe ningún modo metódicamente establecido y sin controversias de tratarlos, de llevar a cabo una argumentación. En este sentido, los problemas filosóficos y las argumentaciones filosóficas son problemas enfáticamente externos y argumentaciones enfáticamente externas.

Por supuesto, el contraste entre los problemas internos y los externos, y entre las argumentaciones internas y las externas es otra manera de reformular la distinción de Aristóteles entre disputas analíticas y dialécticas, la delimitación de Kant entre entendimiento y razón, y la oposición de Carnap entre problemas y pseudo-problemas, esto es, la oposición entre problemas y argumentaciones dentro de un contexto lingüístico pre-

fijado de antemano, y aquellos fuera de cualquier contexto reglamentado. El contraste es, pues, persistente y venerable. Lo que se modifica, y en gran medida, es la evaluación. Mientras que para Aristóteles y Kant los problemas y las argumentaciones externas poseen una importancia decisiva, para Carnap se trata de pseudo-problemas, de pseudo-argumentaciones que es necesario eliminar. Aunque consideramos que Carnap se equivoca, su equivocación, sin embargo, muestra una preocupación legítima. Claramente, la condena neo-positivista de los problemas y las argumentaciones externas expresa cierta ansiedad frente a la falta de controles —epistémicos, sociales— que inevitablemente poseen dichas argumentaciones.

De ahí la premura de enfatizar la exigencia de rigor con respecto al argumentar externo, al argumentar filosófico. Y aquí nos topamos con un nuevo obstáculo, porque rigor “se dice de muchas maneras”. Por ejemplo, se habla de un “cálculo riguroso”, de que el informe de un policía fue “muy riguroso”, incluso de que se puede discutir cualquier tema “con rigor”. La expresión “cálculo riguroso” podría sustituirse por “cálculo exacto”, operación llevada a cabo con éxito en el lenguaje de las matemáticas. Pero es obvio que el informe que da el policía no fue riguroso en el sentido de “exacto”, ya que en situaciones habituales de poco servirá un informe policial formalizado lógicamente, más bien, un informe policial riguroso es aquél que es adecuado, que dice ni más ni menos lo que sucedió, que es justo con el asunto en cuestión, y algo similar puede decirse en relación al tratamiento de cualquier tema con rigor. Por eso, si no me equivoco, la virtud epistémica del rigor encuentra su correlato en la virtud práctica de la justicia: ser riguroso es ser justo de manera teórica. Casi diría, lamentablemente, ni justicia ni rigor se dejan reducir a un conjunto de condiciones necesarias y suficientes, lo que obligará, una y otra vez, a ejercer nuestra capacidad de juicio... y ello, sobre todo, en las argumentaciones externas. Esto es, en filosofía ningún criterio preciso, fijo y general puede ahorrarnos la incertidumbre de la razón: las vacilaciones y los peligros de tener que pensar de caso en caso.

Más todavía, como ya se adelantó, no hay *buena* filosofía sin el ejercicio de la imaginación teórica y, con más precisión, sin el ejercicio de *cierta* imaginación teórica. Básicamente, podemos distinguir dos tipos de imaginación teórica o dos tipos de movimientos de la imaginación teórica: la imaginación centrífuga y la imaginación centrípeta. La imaginación centrípeta se despliega en un movimiento clausurante que repite las mismas creencias, los mismos deseos, los mismo afectos, buscando autoconfirmarse, produciendo, de esta manera un progresivo estrechamiento de la capacidad de juzgar. Por el contrario, la imaginación centrífuga es la imaginación que explora territorios desconocidos, la imaginación que se arriesga a

confrontarse constantemente con lo otro, la imaginación que interpela y provoca... Pero si estas apresuradas distinciones y estos argumentos son correctos, entonces, la *buena* filosofía, esto es, aquellas argumentaciones externas, a la vez, rigurosas —en el sentido de “justas con el problema que tratan”— y plenas de imaginación centrífuga serán no sólo extremadamente difíciles de realizar, sino también, extremadamente difíciles de evaluar, si es que se quieren en verdad evitar los peligros de la escolástica y la extravagancia. Sí, todo lo que tiene que ver con la filosofía, con la *buena* filosofía, es extremadamente difícil. No obstante, los buenos filósofos no se han dejado asustar por la magnitud de la empresa. Por eso, con frecuencia, su coraje teórico puede resumirse en aquellos versos de Calderón que enseñan:

*Poco reparo tiene lo imposible
y mucho riesgo lo previsto tiene*

Estoy seguro que en la revista *Teoría*, el lector encontrará a menudo esta voluntad de rigor, y esta voluntad de riesgo, que son las marcas de toda *buena* filosofía.

Carlos Pereda